

LA PROPAGANDA POR LOS HECHOS EN EL MOVIMIENTO ANARQUISTA CHILENO. (1890-1910)*

IGOR GOICOVIC DONOSO** igor@cidpa.cl

*« La venganza será terrible»
Frase pronunciada por el anarquista Paulino Pallas,
antes de ser ejecutado
Barcelona, 1893*

Sociedad y violencia en el discurso anarquista

Normalmente se vincula al anarquismo con un modo de vida sin orden, sin organización. Mecánicamente asociado al caos. Pero los propios pensadores anarquistas se encargaron de desmentir sistemáticamente esta visión tendenciosa y estrecha del pensamiento libertario. La contradicción fundamental denunciada por la teoría anarquista se encuentra en la tendencia natural de la humanidad a la plena libertad y las compulsiones físicas, económicas e intelectuales que alienan al ser humano. En este contexto, para el anarquismo, el Estado se convierte en la encarnación del autoritarismo y, en consecuencia, en la base sobre la cual se sostiene el conjunto del sistema de dominación de clase.^{1[1]}

De esta manera el principal objetivo *político* de la praxis anarquista es derrocar el sistema de dominación burgués a través de la destrucción del Estado. Sólo la destrucción definitiva del aparato estatal y de sus órganos de control y represión social podrán garantizar a la humanidad la recuperación de la condición natural de libertad que le fuera arrebatada en el

* Esta ponencia se ha beneficiado de los recursos provenientes del Proyecto FONDECYT 1020063. Agradezco a las estudiantes Constanza Espinoza y Margaret Soto, del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, el trabajo de recopilación de fuentes en el cual se basa esta comunicación.

** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Los Lagos.

^{1[1]} La literatura anarquista clásica fue prolífica en el desarrollo de estos tópicos. Cf. Mijail Bakunin, *Escritos de filosofía política*, Volumen 2, Alianza, Madrid, 1978; Jean Jacques Proudhon, *Système des contradictions économiques ou philisophie de la misère*, 2 v, Guillaumin, Paris, 1846; Piotr Kropotkin, *La conquista del pan*, Editorial Lux, Santiago de Chile, 1922.

devenir histórico. Los tres pilares fundamentales del sistema de dominación: burguesía, Estado e Iglesia, se convierten, de esta manera, en los principales objetivos de la denuncia y la acción anarquista.^{2[2]}

La lucha de los anarquistas contra el Estado rechaza por espuria las concepciones teóricas que le asignan a la democracia burguesa el carácter de sistema (aunque imperfecto) representativo de los intereses de las mayorías.^{3[3]} Desde esta perspectiva, los anarquistas asumen que el enfrentamiento violento constituye una condición explicativa de la resolución del problema del poder.^{4[4]} Pero de la misma manera, las formas tradicionales de organización e intervención política también aparecen execradas. Los partidos y los programas partidarios se configuran en el ideario anarquista como una expresión más del autoritarismo.^{5[5]} Su profunda fe en el pueblo y en las potencialidades de su acción espontánea constituyen garantías suficientes para el desarrollo de un proceso revolucionario conducente a la emancipación humana. El pueblo no necesita programas ni dirigentes.

Las bases ideológicas que legitiman la conducta violenta reivindicada por los anarquistas se encuentran en la apología al tiranicidio, elaborada por Schiller y en el *Catecismo revolucionario* redactado por el revolucionario ruso Nechaiev.^{6[6]} En ambos textos el asesinato político aparece caracterizado como un acto de venganza social y como un instrumento de agitación revolucionaria. Desde esta perspectiva el revolucionario es un héroe empujado por el odio a un sistema que lo explota, degrada y humilla sistemáticamente, inspirado por el honor de una causa justa y dispuesto a autoinmolarse en su intento.^{7[7]} Aquellos que

^{2[2]} José Alvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1991, (1976), pp. 197 ss.

^{3[3]} El exponente contemporáneo más representativo de esta concepción es Norberto Bobbio. Al respecto ver Norberto Bobbio, *La ideología y el poder en crisis*, Ariel, Barcelona, 1988. En este texto Bobbio somete a una crítica descarnada a las organizaciones revolucionarias italianas que en la década de 1970 amenazaron el orden democrático-burgués en Italia. Especialmente pp. 80-118.

^{4[4]} En este punto adoptamos el enfoque analítico de Julio Arostegui, quien sostiene que «(...) la violencia es una acción, o estado o situación, que se genera siempre, y se cualifica de manera exclusiva, en el seno de un conflicto». Ver: «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», en Julio Arostegui (Editor), *Ayer. Violencia y política en España*, 13, Madrid, 1994, p- 29

^{5[5]} Mirado desde esta perspectiva es posible establecer que el anarquismo se convirtió en una alternativa cultural, ideológica, moral y ética, opuesta al mundo de la burguesía y a la opción socialista de partido obrero. Cf. Gonzalo Zaragoza, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1996, p. 15.

^{6[6]} En su amplia producción filosófica, dramática e histórica el tema del tiranicidio o de la revuelta antigubernamental aparece con frecuencia; ver especialmente, Friedrich Schiller, *Histoire du soulèvement des Pays-Bas sous Philippe II, roi d'Espagne*, 2 vol., A. Santelet et Cie. Libraire, Paris, 1827 y Serguei Nechaiev, *El catecismo revolucionario*, Moscú, 1866.

^{7[7]} No obstante lo anterior, el ejercicio de la violencia por los sectores populares no forma parte de las definiciones estratégicas y doctrinarias del

practicaban el atentado y luego se dejaban apresar eran los mártires de *la idea*. Al ejecutar el atentado contra un tercero, ejecutaban simultáneamente su propio sacrificio. Eran conscientes que al momento de concurrir a ejecutar el tiranicidio concurrían a su propia inmólación. Ofrecían el sacrificio de sus vidas en pro de unos ideales a los que pretendían servir, en pro de unos compañeros a los que pretendían vengar, ayudar o animar, y en aras de una futura sociedad mejor que, con sus actos, pretendían llegar a conseguir.^{8[8]}

Las manifestaciones específicas de violencia adoptadas por el movimiento anarquista a escala internacional fueron de dos tipos: la huelga insurreccional y el terrorismo individual —propaganda por el hecho—. En la primera, el enfrentamiento callejero con la fuerza pública, el sabotaje productivo, el saqueo de los bienes y propiedades de la burguesía y las destrucción de los recintos simbólicos del poder burgués —edificios gubernamentales, cuarteles de la policía, iglesias, etc.—, aparecen como las intervenciones más frecuentes.^{9[9]} Mientras que el segundo el rasgo característico es el atentado individual o colectivo contra representantes del sistema de dominación. En este caso, el puñal, el revolver y más tarde la dinamita, se constituyeron en los recursos materiales más frecuentes en manos de los anarquistas.^{10[10]} Las diferentes expresiones de violencia revolucionaria ejecutadas por los anarquistas se rotulaban genéricamente como *acción directa*. Ella suponía el enfrentamiento inmediato de las dos fuerzas sociales en lucha: capitalismo/trabajadores, pero suponía, también, la actuación del pueblo por sí mismo, sin intermediaciones que hipotecaran la voluntad y espontaneidad del movimiento. La diada, violencia revolucionaria contra violencia institucional adquiere con el anarquismo una proyección histórica y política de gran relevancia en el devenir de las sociedades contemporáneas.

Un contexto histórico y político de particular y acentuado autoritarismo estatal, detonó en Europa reacciones violentas por parte del movimiento obrero. Efectivamente, las precarias condiciones laborales y de vida, unidas a una brutal política de control social, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, provocaron una fuerte oleada de agitaciones obreras y campesinas y brutales intervenciones por parte del movimiento anarquista.^{11[11]} El capitalismo y el Estado burgués, desde la

conjunto del movimiento anarquista. Ver, Walter Bernecker, «Acción directa y violencia en el anarquismo español», en Julio Arostegui (Editor), *Ayer. Violencia y política en España*, 13, Madrid, 1994, p. 149.

^{8[8]} Ver Rafael Nuñez Florencio, *El terrorismo anarquista*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1983, p. 128.

^{9[9]} El exponente más relevante de la violencia espontánea de masas es sin lugar a dudas George Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, Alianza, Madrid, 1976.

^{10[10]} José Alvarez Junco, op. cit. p. 486.

^{11[11]} Una aproximación general a las acciones directas llevadas a cabo por los anarquistas en diferentes partes del mundo, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se puede encontrar en, Irving Louis Horowitz (Compilador), *The Anarchists*, Dell Publishing Co. Inc., New Cork, 1964. El caso del anarquismo en España, sin lugar a dudas el de mayor desarrollo y extensión y,

perspectiva del anarquismo era incapaz de generar condiciones dignas de vida para la clase trabajadora, en consecuencia, derrocar el sistema de dominación a través de la violencia revolucionaria se constituía, para un importante sector del anarquismo, en la única estrategia viable. Por su parte, la conceptualización burguesa referida a la violencia anarquista, tiende a asociarla con el terrorismo. De la misma manera que quienes la practicaban eran, sin lugar a dudas, unos desequilibrados mentales.^{12[12]}

No se puede dejar de reconocer que en los actos de violencia desplegados por los anarquistas existen aspectos románticos, trágicos, míticos e irónicos. Siguiendo al sociólogo vasco, Joseba Zulaika, es posible establecer que existe una dialéctica entre metáfora (componentes mítico; recreativos del pasado; alegórico-cultural) y sacramento (componente de guerra, trágicos, ritualizados, autotrascendentes).^{13[13]} Por su parte, Rafael Núñez sostiene que,

«La ideología favorable a la propaganda por el hecho reúne varios de los componentes comunes a esas corrientes: mística de la violencia, sobre todo la violencia individual, que se traduce en una gran fe en las posibilidades del hombre solo (el hombre fuerte es el hombre solo, según Ibsen), voluntarismo revolucionario, o cuando menos, crítica destructiva de la sociedad y sus valores, desvinculación del proletariado y de las masas en general, deseos de conmovir los cimientos de la burguesía todopoderosa (...).»^{14[14]}

probablemente el más estudiado, cuenta con excelentes trabajos. Para la insurgencia rural en Andalucía, protagonizada por grupos amplios y radicalizados de campesinos anarquistas, se pueden ver los trabajos de Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1969 (1929), especialmente los capítulos dedicados a al desarrollo del movimiento obrero cordobés (pp. 117-148 y 184-230), Antonio Calero, *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1976, especialmente las páginas 25 y ss. y Maurice Jacques, *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990. El caso de la "propaganda por el hecho" en ámbitos urbanos, particularmente en Barcelona, se puede analizar en el estudio de Rafael Nuñez Florencio, op. cit.

^{12[12]} Históricamente el exponente más connotado de esta tradición intelectual fue Cesare Lombroso. Sus estudios clásicos, *Les anarchistes*, París, 1896 y *Le crime politique et les révolutions* (junto a Roberto Laschi), París, 1892, dieron origen a la moderna antropología criminal. Contemporáneamente uno de sus más destacados expositores es Walter Laqueur. Al respecto ver, *Terrorismo*, Espasa Calpe, Madrid, 1980 (inglés, 1977), quien llegó a sostener que, «el terrorista mantiene una relación desequilibrada con la autoridad y con sus emociones» (miedo al amor). El terrorismo, de acuerdo con este particular enfoque, «surge como la única alternativa frente a la bebida y a las drogas», p. 20.

^{13[13]} Joseba Zulaika, «Violencia, texto y parodia», *Antropología*, 6, Madrid, 1993, p. 42.

^{14[14]} Rafael Nuñez Florencio, op. cit. p. 6.

Un aspecto fundamental a considerar en el análisis de la ideología y la praxis del anarquismo es el vitalismo como eje articulador de los supuestos morales en los cuales se sostiene su visión de la humanidad y de las relaciones sociales. Desde esta perspectiva es posible relevar la reivindicación de las necesidades y de las pasiones humanas en contraposición a la domesticación cristiana hegemónica.^{15[15]} Pero, además, la compleja gama de factores simbólico-culturales en los cuales se construye la sociabilidad popular también nutre el acervo teórico y la intervención social de los ácratas. Para Reinhold Göerling, aspectos tales como comunidad, tierra, explotación, discriminación, se convirtieron en factores constitutivos de la identidad cultural anarquista, la cual se imbricó con un discurso político que fue capaz de cobijar las aspiraciones redentoras de un amplio número de trabajadores en los albores del siglo XX.^{16[16]}

A lo anterior debemos agregar el exacerbado individualismo que atravesó al movimiento anarquista a fines de la centuria del XIX. Fenómeno que adquirió especial importancia en la masificación de los denominados *grupos de afinidad* y en la legitimación y difusión de la *propaganda por el hecho*. Se asume, defiende e implementa una conducta política orientada por la total autonomía de cada grupo de afinidad. Se impone, a partir de la década de 1880, una tendencia al interior del movimiento libertario —de la cual el grupo español de *Los Desheredados* es el más característico—, que llevaron hasta la últimas consecuencias el terrorismo y las represalias como forma de intervención política; que reivindicaron el comunismo en oposición al colectivismo; que se autoimpusieron la clandestinidad en oposición a la lucha legal; que desplegaron la violencia en lugar de la huelga y la propaganda doctrinaria; y que impusieron la descentralización en vez de la organización autoritaria.^{17[17]}

En América Latina la implantación y desarrollo del anarquismo mostró profundas desigualdades. Mientras en Argentina ocupó un rol protagónico tanto en la formación de las primeras organizaciones del proletariado, como en la conducción de sus luchas, en otros países, como Brasil, Colombia, México o Chile, si bien le cupo un rol importante en la constitución de las primeras orgánicas proletarias, resultó rápidamente desplazado de las mismas por las organizaciones de carácter marxista. En todos los casos, y especialmente en el de Argentina, el arribo de inmigrantes europeos, y muy especialmente españoles, fue

^{15[15]} Mijail Bakunin, hablaba del instinto y la desesperación popular como elementos y factores revolucionarios; op. cit. 153-157.

^{16[16]} Reinhold Göerling, «El anarquismo como cultura proletaria en Andalucía: acercamiento al proceso de conservación y reforma de una cultura popular», en Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (Editores), ***El anarquismo español y sus tradiciones culturales***, Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt am Main, 1995, pp. 139-150.

^{17[17]} Rafael Nuñez Florencio, op. cit. pp. 40-41. En el ámbito rural español, la expresión más radical de la violencia libertaria lo constituyó el movimiento de la *Mano Negra*; al respecto ver, Clara Lida, ***La Mano Negra (Anarquismo agrario en Andalucía)***, Editorial Zero, Madrid, 1972, p. 46.

determinante en el mayor o menor nivel de extensión tanto de la organización obrera como de la ideología anarquista.^{18[18]}

Las formas específicas de lucha adoptadas por las emergentes organizaciones de trabajadores latinoamericanos, como la FORA en Argentina o la COB en Brasil, fue la huelga general de carácter insurreccional, forma de lucha que adquirió especial relevancia en el periodo comprendido entre 1890 y 1910. No obstante lo anterior, la *propaganda por el hecho* también tuvo en Argentina importantes difusores, al punto que, en 1905, el anarquista Salvador Planas intentó ejecutar al presidente Manuel Quintana y en 1909 Simón Radowitzki ajustició al jefe de la policía política de Buenos Aires, Ramón Falcón.^{19[19]}

No obstante resulta importante distinguir entre las acciones violentas y el discurso legitimador de la violencia. En Chile, al igual que en otros países latinoamericanos, y muy especialmente en Argentina, la retórica de la violencia estuvo sistemáticamente presente en la prensa anarquista. No obstante lo anterior, la conducta violenta estuvo regularmente reservada a la intervención colectiva de las masas, especialmente en contextos de huelgas generales, mítines, asonadas callejeras y motines urbanos, mientras que *la propaganda por el hecho*, quedó reservada a algunos atentados esporádicos que no llegaron a convertirse en escalada, como en España.^{20[20]}

El discurso sobre la violencia en el movimiento obrero chileno. El aporte anarquista

Sin lugar a dudas el anarquismo no constituye la única vertiente ideológica sobre la cual se construyó el movimiento obrero chileno, entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Como

^{18[18]} Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo XXI, México, 1998, pp. 32-36.

^{19[19]} Una buena aproximación al estudio general del anarquismo en América Latina en, Alfredo Gómez, *Anarquismo y anarco-sindicalismo en América Latina. Colombia, Brasil, Argentina, México*, Ruedo Ibérico, París, 1980. Para el caso de la "propaganda por el hecho" en Argentina ver las páginas, 160-169. No obstante lo anterior, para el caso argentino, el más relevante desde el punto de vista del desarrollo alcanzado por el anarquismo al interior del movimiento obrero, resultan fundamentales los estudios de Ronaldo Munck et al, *Argentina: from anarchism to peronism. Workers union and politics, 1855-1985*, Zed Books Ltd., London, New Jersey, 1987, especialmente el capítulo 5 (pp. 43-56). También son relevantes los estudios ya citados de Iaacov Oved, (op. cit.) y Gonzalo Zaragoza, (op. cit.). La sistematización más reciente sobre este tema, y probablemente la de mayor profundidad analítica, corresponde a Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 2002.

^{20[20]} Los regímenes oligárquicos no permanecieron pasivos frente a las agitaciones obreras; por el contrario, toda manifestación antisistémica fue duramente reprimida por el Estado. Al respecto ver, para el caso argentino, Gonzalo Zaragoza, op. cit, especialmente pp. 291-354. Para el caso chileno resulta emblemático el estudio de Eduardo Deves, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907*, Ediciones Documentas, Santiago de Chile, 1989.

lo demuestran los estudios de Sergio Grez y Julio Pinto, el movimiento de trabajadores es tributario de una heterogénea gama de influencias ideológicas y culturales: liberales progresistas, socialistas utópicos, socialistas científicos y positivistas, en el plano doctrinario; a la par que, peones agrícolas, trabajadores de minas, artesanos, proletarios e intelectuales, en el plano sociocultural.^{21[21]}

En el mismo sentido, la reflexión sobre la violencia e incluso la práctica de la misma nunca constituyó patrimonio exclusivo del movimiento anarquista.^{22[22]} Es más, se encuentra históricamente demostrado que el ejercicio cuasi monopólico de la violencia en América Latina ha correspondido al Estado y a sus diferentes aparatos represivos. No obstante lo anterior fue el anarquismo el que, a comienzos de la centuria pasada, sistematizó ideológicamente de manera más precisa el discurso de la violencia entre las organizaciones populares.

Al igual que lo ocurrido en la costa americana Atlántica la instalación del anarquismo en Chile se produce junto con el arribo de los internacionalista del sur de Europa que emigran del Viejo Mundo tras la derrota de la Comuna de París (1871) y junto con la disolución de la Primera Internacional (1876).^{23[23]} No obstante lo anterior las primeras manifestaciones de organización anarquista se comienzan a manifestar a comienzos de la década de 1890 en torno a núcleos anarquistas que se constituyen en torno al gremio de los tipógrafos, tanto en Valparaíso como en Santiago.^{24[24]}

El proceso de arraigo de los primeros núcleos anarquistas en Chile coincide con el surgimiento de la protesta obrera,

^{21[21]} Cf. Sergio Grez, *De la regeneración del Pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago de Chile, 1997 y Julio Pinto Vallejos, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: el ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares, (1850-1900)*, Universidad de Santiago-LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1998.

^{22[22]} Si bien los estudios referidos a la violencia popular en Chile no son abundantes, el periodo que nos preocupa ha sido abordado recientemente por Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Documentas, Santiago de Chile, 1991; Sergio Grez, «Una mirada al movimiento popular desde las asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)», *Cuadernos de Historia*, 19, Santiago de Chile, 1999 y «Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)», *Historia*, 33, Santiago de Chile, 2000, pp. 141-225; e Igor Goicovic, «Surco de sangre, semilla de redención. La revuelta campesina de La Tranquilla (1923)», *Valles. Revista de Estudios Regionales*, 3, La Ligua, 1997, pp. 79-118 y «La insurrección del arrabal. Espacio urbano y violencia colectiva. Santiago de Chile, 1878», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 6, Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile, 2002, pp. 39-65.

^{23[23]} Eduardo Miguez y Álvaro Vivanco, «El anarquismo y el origen del movimiento Obrero Chileno 1881-1916», *Revista Andes*, 4: 6, Santiago de Chile, 1987.

^{24[24]} Luis Vitale, *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Instituto de Movimientos Sociales "Pedro Vuskovic", Santiago de Chile, 1998.

especialmente en torno a las faenas salitreras del Norte Grande, en los campamentos mineros del Norte Chico y en los centros industriales urbanos. De ahí que las sociedades en resistencia (primera expresión orgánica adquirida por el anarquismo), llegarán a adquirir un importante nivel de desarrollo a fines de la centuria del XIX. Pero simultáneamente con este proceso es posible observar la irrupción del ideario socialista que comienza a disputar al anarquismo la conducción de la emergente organización proletaria.^{25[25]}

Un elemento de gran relevancia en el arraigo y difusión del ideario anarquista fue la constitución, ya a comienzos de la década de 1890 de los centros de estudios sociales. Instancias de debate y formación anarquista que masificaron la distribución de folletería y de revistas y periódicos eventuales. No es extraño, en consecuencia, que los núcleos germinales del movimiento anarquista se encuentren principalmente entre los trabajadores de imprenta y, posteriormente, entre los obreros marítimos, más directamente expuestos al contacto con trabajadores inmigrantes.

Se conforma, de esta manera, un núcleo de obreros e intelectuales que adoptan el anarquismo e impulsan la creación de un *movimiento libertario*.^{26[26]} Dentro de este grupo de intelectuales y obreros destacaban Francisco Véliz, el poeta Juan Bautista Peralta y el obrero Magno Espinoza. La idea-fuerza que animaba a este activo núcleo de militantes ácratas era la consigna de *Revolución Social*, la que fue ampliamente difundida por Magno Espinoza, a través de sus periódicos *El Rebelde* (1898) y *El Ácrata* (1900-1901).^{27[27]} En una incendiaria proclama del año 1898, Magno Espinoza declamaba,

«Nuestra aspiración es el comunismo anárquico, i por el combatiremos haciéndonos solidarios de los actos de nuestros compañeros, siempre que las autoridades, atropellando en ellos la majestad del libre pensamiento, los arrastren al terreno del atentado, a la rebelión, con las pretensiones odiosas, las torturas i vejámenes con los que los tiranos acostumbra a acallar la voz de la razón».^{28[28]}

De las palabras del líder anarquista se desprende la relación directa entre la defensa de los trabajadores, explotados y perseguidos por la sociedad capitalista y la reivindicación de la violencia como estrategia de autodefensa obrera. La recreación

^{25[25]} Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Volumen 5, Editorial Fontamara, Barcelona, 1982, pp.41-57.

^{26[26]} Resulta interesante la percepción de sí mismos que tienen estos trabajadores revolucionarios. En 1898, Luis Olea escribía «Somos un conjunto incomprensible de poesía y prosa, de amor y odio, de fe y escepticismo; somos una mezcla extraña que emulsiona lo bueno y lo malo, donde fermentan las ideas contrarias que hacen estallar el rayo de luz que ilumina el cerebro en los instantes de duda, a semejanza del choque eléctrico que alumbró los espacios». *La Tromba*, N°1, Santiago de Chile, 6 de marzo de 1898.

^{27[27]} Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, op. cit. p. 106.

^{28[28]} *El Rebelde*, N°1, Santiago de Chile, 20 de Noviembre de 1898.

clásica de un Estado que se coloca al servicio de las clases dominantes y, en el marco de esa función, reprime a los trabajadores organizados comienza a manifestarse tempranamente en la prédica ideológica de los grupos ácratas. Es la sociedad burguesa, y las tensiones y contradicciones que en ella se acumulan, la que arrastra a los trabajadores a la violencia colectiva e individual.

Otro de los connotados agitadores anarquistas de la época, Luis Olea, reconocía que las precarias condiciones materiales de vida de la clase trabajadora, legitimaban, como último argumento, el ejercicio de la violencia contra la burguesía y su régimen de dominación.

«¡La paz y la confraternidad universal! He ahí la gran enseñanza socialista. La Guerra, si no es posible evitarla, sólo debe tener lugar contra sus infames instigadores: los zánganos explotadores y ladrones, que componen la burguesía chilena».^{29[29]}

Por la misma época, el periódico anarquista *El Rebelde*, señalaba,

«Ha germinado en Chile una falange revolucionaria que está dispuesta a regar con su sangre el suelo negro en que pisan los esclavos y los siervos (...) La Libertad existe para los que saben tomársela».^{30[30]}

La dimensión sacrificial contenida en el discurso anarquista se nos releva en este párrafo con toda su fuerza. Ella es probablemente uno de los legados simbólico-culturales más potentes que el anarquismo heredó a la cosmovisión popular y revolucionaria de la lucha social. Efectivamente, el sentido de la muerte —asociado a la sangre derramada por la clase trabajadora—, como semilla de una nueva y mejor vida que debía advenir en un futuro impreciso, aparece a partir de este momento de manera recurrente en todos los instrumentos de propaganda de los trabajadores organizados. Es más, las principales ceremonias conmemorativas y buena parte de la consigna agitativa de los grupos populares, pasados y contemporáneos, se encuentra fuertemente influenciada por este tipo de discurso.^{31[31]}

^{29[29]} *La Tromba*, N°1, Santiago de Chile, 6 de marzo de 1898.

^{30[30]} *El Rebelde*, N°2, Santiago de Chile, 1 de mayo de 1899.

^{31[31]} Como ejemplo baste mencionar, las conmemoraciones del Pimero de Mayo o del 11 de Septiembre; el homenaje musical del Grupo Quilapayún a los trabajadores masacrados en la escuela Santa María de Iquique en 1907; la prolífica literatura testimonial referida a los casos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos; la clásica consigna Patria o Muerte, etc. En esta perspectiva analítica disponemos del excelente estudio de Juan Suriano (para el caso argentino), «Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 15, Buenos Aires, primer semestre de 1997.

Al respecto resulta particularmente interesante la apocalíptica reflexión planteada en el texto, *Fantasia Revolucionaria*, por el escritor ácrata, L. Espínola,

«Se escucharán cantos de batalla unidos a estertores de agonizantes, gritos de coraje (...) caerán, con horrendo fragor, las torres de los templos, los escombros de cien ciudades elevarán su polvo a los aires, rojos por el resplandor de cien incendios.

«I en el polvo de los caminos habrá largos regueros de sangre i altos montones de cadáveres».^{32[32]}

Una percepción similar, aunque algo matizada, se puede encontrar en un texto posterior de Estaban Caviares. En ella el dirigente anarquista reconoce en el régimen burgués a la *sociedad del mal*; frente a la cual el movimiento proletario debe actuar con devastador empuje.

«Junto con el hermoso Mayo de Luz: debe levantarse la clase oprimida del campo, de las minas, de las salitreras, de la marina y ciudades; desplegando todas sus energías y rebeliones, protestando de todas las injusticias y explotaciones, proclamando la sociedad libre, la propiedad común y la patria universal.

«Al empuje de los libres, no quedará en pie ningún gobierno, ni código, ni ningún explotador, ni vestigio siquiera de la actual sociedad del mal.

«De pie, erguida la frente y a la obra, proletarios del mundo, a crear la sociedad libre arrullada por los cantos de Mayo del pueblo rebelde».^{33[33]}

De la misma manera, la lógica sociológica de Mijail Bakunin, aparece impregnado una parte considerable del discurso ácrata sobre la sociedad y la conducta humana. En Chile, fue Alejandro Escobar Carvallo quien (en su primera época) reprodujo y exaltó las tesis de Bakunin, respecto de la relación entre violencia y moral.

«El crimen, cualquiera que sea su naturaleza entraña siempre una fuerza revolucionaria. I tan es así que la criminalidad es le principal factor de la evolución del derecho y la moral.

«El criminal que ataca la relación económica de su tiempo, es el tipo de hombre libre; es un ser digno que tiene conciencia de sus derechos; i ésta le da derecho a robar.

«Todo criminal es un ser revolucionario».^{34[34]}

Este discurso reivindicativo de la conducta violenta incluso es posible reconocerlos en la fase de cierre de la influencia anarquista en el movimiento obrero. Es más, la tesis de la violencia popular como un componente esencial de la estrategia revolucionaria para la conquista del poder se perfila a comienzos

^{32[32]} *El Ácrata*, N°5, Santiago de Chile, 1 de julio de 1900.

^{33[33]} *El Obrero Libre*, N°5, Huara, 1 de mayo de 1905.

^{34[34]} *El Acrata*, N°5, Santiago de Chile, 1 de julio de 1900.

de la década de 1920 en el principal órgano de difusión del pensamiento libertario de la época. No obstante su extensión, nos parece que el documento elaborado por el sindicato de panificadores de Santiago, en 1921, posee una relevancia ideológica especial, de ahí nuestro interés por transcribirlo prácticamente en su integridad.

«¡Búsquese Ud. un revolver!

«¡Búsquese Ud. un revolver! Entiende Ud. bien lo que digo. Búsquese Ud. un revolver. Cuanto más pronto mejor. Cómprelo, quítelo o róbelo. La cuestión es que Ud. debe andar armado. ¿Ud. cree por ventura que la revolución social se va a hacer con serpentinas como en los días de carnaval? ¿Ud. cree que los capitalistas van a entregar las tierras y las fábricas, como entregan sus hijas a los millonarios? ¿Es Ud. tanto tonto que cree en una posible armonía entre patrones y obreros? ¿No ve Ud. que día a día, en todas partes del mundo, cuando los obreros exigen alguna mejora aparecen soldaditos cargados de rifles y bayonetas? ¿No vio Ud. que en la huelga de los compañeros tranviarios andaba todo el ejército amparando a los traidores? Bien. Si esto ocurre cuando se hace un reclamo o se solicita alguna mejora, que en buenas cuentas no es nada, ¿qué será cuando exijamos el derecho a la tierra, a la vida, a la libertad? Piense bien, lo que le digo. Búsquese Ud. un revolver y ejercítese lo bastante. Hágase Ud. un blanco para que dispare. . Dibuje en él la cabeza de Astorquiza, de Zañartu, de Gonzalo Bulnes o la suya si le parece... Dispare y dispare . Ud. prepárese para la Revolución que ya está encima. Aconseje a sus demás camaradas que hagan lo mismo. Aquellos que le hablan a Ud. de “evolución pacífica” y de “soluciones armónicas” con la clase capitalista, le engañan a Ud. miserablemente. ¿No ve, Ud., que en Rusia los trabajadores tuvieron que armarse para derrocar a todos los tiranos? No ve, Ud., como hoy viven a sus anchas, disfrutando de toda clase de comodidades? Hace más de cien años que Ud. ha soportado pacíficamente toda clase de humillaciones, y ¿qué beneficios ha obtenido de parte de sus amos? El miserable cuartucho en que vive y que Ud. paga a precio de oro, las enfermedades que aniquilan prematuramente a Ud. y a sus hijos, las guerras que siembran el hambre y el dolor en los hogares y las metrallas que Ud. recibe cuando exige un poco de alimento y un poco de justicia para su familia e hijos... Eso, todo eso es el pago a sus desvelos y sacrificios.... Convéznase, Ud., de una vez. Búsquese Ud. un revolver. Cuanto más pronto, mejor. Cómprelo, quítelo o róbelo. La cuestión es que Ud. debe Andar armado. Cuando la clase obrera, consciente y armada exija sus derechos a la vida y a la libertad, entonces verá Ud. como caen los tronos y los tiranos. Mientras Ud. siga gritando como tonto por las calles, pidiendo pan y justicia, verá Ud. como llueven las balas sobre su cabeza. Termina. Buscándose Ud. un revolver y aconsejando a los demás a prepararse para la

Revolución, verá Ud. renacer una nueva aurora para el mundo. ¡Búsquese Ud., un revolver!».^{35[35]}

Para el Estado chileno, este tipo de discurso no paso inadvertido. Por el contrario, una vez concluida la guerra civil interoligárquica de 1891, la reorganización del país y especialmente de la economía salitrera e industrial requería de la refundación de las estrategias y dispositivos de control social, relajados por el conflicto. Se debe, en consecuencia, desarmar a los trabajadores y reponer la paz social a cualquier precio.^{36[36]} De ahí que las principales manifestaciones de resistencia social y política frente al orden burgués, a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, sean enfrentadas con una política represiva de gran violencia.

En este contexto la cotidianeidad del quehacer político y social de los anarquistas se encontraba marcada por la inseguridad personal que rodeaba a sus líderes y agitadores. Ello porque una de las iniciativas represivas de mayor aplicación en la fase constitutiva del movimiento libertario, fue la infiltración de agentes policíacos en las reuniones y mítines anarquistas y, junto con ello, el despliegue de redadas punitivas y apaleos masivos a los participantes en dichos eventos. Así lo refiere el dirigente ácrata, Alejandro Escobar y Carvallo, al comentar su detención junto a la de sus compañeros Magno Espinoza y Luis Olea, por «*alterar el orden en un teatro mientras repartía gratuitamente su periódico*».^{37[37]}

No obstante el accionar punitivo en su contra, el profundo desprecio que los anarquistas sentían por el accionar del Estado, por su política represiva e inclusive por sus disposiciones normativas, queda claramente reflejado en una frase aparecida en su prensa en 1898, «*nosotros nos limpiamos el culo con los papeles en que los gobernantes escriben sus leyes*».^{38[38]}

El discurso anarquista se hacía cargo de las profundas contradicciones económicas y sociales generadas por el capitalismo, para construir su retórica antisistémica. Al respecto el periódico *El Ácrata*, señalaba en 1900,

^{35[35]} *El Comunista*, Santiago de Chile, 30 de julio de 1921

^{36[36]} Un aspecto escasamente estudiado por la historia social chilena es la participación popular en la Guerra Civil Interoligárquica de 1891. Los estudios clásicos de Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Universitaria, Santiago de Chile, 1972 y de Harold Blaquemore, *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896: Balmaceda y North*, Andrés Bello, Santiago, Chile, 1977, pese a no compartir enfoques analíticos, tampoco abordan dicho punto. No obstante la importancia que tuvieron en las filas del llamado *Ejército Constitucionalista*, los trabajadores salitreros del Norte Grande y pese a la frecuencia alcanzada por los hechos de violencia social protagonizada por los soldados de ambos bandos. Especial mención merecen los actos de saqueo y violaciones, en contra de la fracción de la oligarquía derrotada, perpetrados por el Ejército Constitucionalista una vez que ingresó triunfante a la ciudad de Santiago en septiembre de 1891 y, más tarde, similares conductas en los motines de Valparaíso en 1903 y Santiago en 1905.

^{37[37]} *El Rebelde*, N°2, Santiago de Chile, 1 de mayo de 1899.

^{38[38]} *El Rebelde*, N°2, Santiago de Chile, 1 de mayo de 1899.

«Todo obrero, todo hombre que tenga un poco de sentido común está descontento con el estado actual de las cosas. Hoi quien sufre porque no haya trabajo, quien se lamenta porque está hambriento i el salario no le basta para aplacar su hambre; quien ve con espanto el mañana incierto, que con temor ve acercarse las enfermedades producidas por una trabajo mortífero».^{39[39]}

Se configura, de esta manera, para los difusores de *la idea*, un escenario signado por las precariedades materiales para el conjunto de las masas desposeídas. En dicho escenario sólo el anarquismo plantea una alternativa programática (el comunismo libertario) y una estrategia política (la revolución social) capaz de dismantelar las bases de sustentación de la explotación burguesa. La propaganda, en consecuencia, siguiendo una lógica formativa, se dirige a la conciencia de la clase trabajadora, a objeto de precipitar la irrupción masiva de las masas en el escenario histórico. En este contexto, la emulación de la conducta violenta de los militantes anarquistas que en ese momento aterrorizaban a Europa, se convertía en una importante preocupación de los editorialistas de la prensa libertaria chilena. Así, en 1900, José Díaz Moscoso, emitía en *El Ácrata*, los siguientes comentarios sobre Gaetano Bresci, que en esos momentos acababa de ajusticia a Humberto I, Rey de Italia.

«Bressi [sic] con su acto no ha satisfecho un mezquino deseo, sino que ha querido vengar al pueblo ametrallado de Milán [1898].

«El sollozo de los hijos huérfanos, de los padres sin hijos, de las esposas sin maridos, hizo eco en el noble corazón de nuestro compañero, juró vengar tanta miseria, tanto dolor, concluyendo con el autor de tanta maldad».^{40[40]}

Confluyen en la descripción realizada de Bresci, por José Díaz, una serie de caracterizaciones y adjetivaciones, propias del discurso anarquista sobre la violencia, acuñado especialmente en esta época. De esta manera, la acción de Bresci es un acto de *nobleza*, propia de un espíritu puro, que sufre con el dolor de sus compañeros de clase. Al mismo tiempo la violenta acción vindicativa se justifica en la *maldad*, consustancial a las clases dominantes y a sus aparatos represivos.

En una perspectiva más bien comprensiva o justificatoria, se sitúa Luis Olea quien analiza la conducta de los ácratas que, en esos momentos, desplegaban en Europa una serie de acciones de carácter vindicativo.

«¿Cuál es su delito? No es otro que pensar de diferente manera de los que nos gobiernan; y si alguno de ellos cargan el puñal o la dinamita, es sólo como el supremo y único recurso de la desesperación porque comprendiendo las prerrogativas de su personalidad humana, no pueden

^{39[39]} *El Ácrata*, N°5, Santiago de Chile, 1 de julio de 1900.

^{40[40]} *El Ácrata*, N°7, Santiago de Chile, 31 de agosto de 1900.

tolerar a más del ominoso yugo que los aplasta, los vejámenes y persecuciones de que son víctimas».^{41[41]}

La educación, y más específicamente los procesos autogestados de formación, se convertían en una importante dimensión del quehacer político de los ácratas. Por esa vía la clase trabajadora salía al paso de una política que excluía a los trabajadores y a sus familias de los beneficios de la educación y, siguiendo sus propios patrones instruccionales, armaba ideológicamente al proletariado para la conquista de su emancipación.

Una de las formas más recurrentes utilizadas por los anarquistas para socializar las ideas libertarias fue la utilización de citas bíblicas o la recreación de parábolas que se asemejan a las contenidas en el *Libro Sagrado*, las cuales, por la simpleza de su lenguaje y, a la vez, por la proximidad que tienen los contenidos católicos con el mundo del bajo pueblo, eran susceptibles de ser comprendidas de mejor manera que los documentos teóricos y doctrinarios. Un ejemplo de esto es la parábola de *El Campesino y el Patrón* aparecida en *El Rebelde* en su segundo número.^{42[42]} A través de esta parábola se recrean las amenazas constantes del patrón al campesino, respecto de las eventuales condiciones de vida de éste sin la presencia de su patrón. El campesino imaginaba que, en este evento, se moriría de hambre, pues ante la ausencia del patrón no existiría quien le diera trabajo. Pero al morir el patrón, el campesino se da cuenta de que él era completamente autovalente y, es más, que el patrón hubiese muerto de hambre si él no estuviera, pues quién efectivamente trabajaba la tierra y generaba la riqueza era el campesino y no el patrón.^{43[43]}

Junto a estas tareas educativas, que cumplieron una función estratégica en la lucha político-social desplegada por los anarquistas, también es posible reconocer el tesonero esfuerzo de los militantes libertarios, por dotar a la clase trabajadora de una potente organización de clase. Fueron precisamente, en su etapa inicial, las Sociedades de Resistencia las llamadas a nuclear a la clase trabajadora y a conducir sus luchas sociales.^{44[44]} Una de

^{41[41]} *El Proletario*, N°3, Santiago de Chile, 17 de octubre de 1897.

^{42[42]} *El Rebelde*, N°2, Santiago de Chile, 1 de mayo de 1899.

^{43[43]} En otras ocasiones la prensa anarquista establecía analogías directas el Evangelio y la doctrina libertaria, llegando a afirmar que *Jesús era un precursor de las teorías anarquistas*. De tal manera que la única diferencia entre el Evangelio cristiano y el discurso anarquista era que éste último no estaba dispuesto a poner la otra mejilla frente a los opresores del pueblo. *El Ácrata*, N°1, Santiago de Chile, 1900.

^{44[44]} Al respecto ver, *Peter De Shazo, Urban workers and labor unions in Chile: 1902-1927*, University of Wisconsin Press, Wisconsin, Madison, 1983. Cabe señalar que junto a las sociedades en resistencia rupturistas, y siguiendo la lógica centripeta que ha caracterizado al movimiento anarquista, se desarrollaron durante este periodo otro tipo de orgánicas libertarias, como la Sociedad en Resistencia de Pio Nono, de carácter pacífico y la comunidad cristiano-anárquica de San Bernardo. Ambas instancias orgánicas correspondían, en todo caso, a componentes sociales diferentes a los previamente analizados; se trataba fundamentalmente de intelectuales carentes de una motivación de lucha de base material e interesados,

las debilidades principales de este tipo de organización, era la excesiva dependencia frente a las coyunturas generales del movimiento obrero, lo que nos lleva a pensar que podría tratarse de movimientos de corta duración que respondían a la espontaneidad y al frenesí de la época, lo que en consecuencia las hacía más vulnerables a las represiones de las autoridades.

A partir de 1902, el movimiento obrero anarquista ve nacer la Federación de Obreros de Imprenta, la cual llegaría a ser la sociedad en resistencia de más influencia en el período. Esta organización facilitó el surgimiento y expansión de otro tipo de organizaciones, como la de los panaderos, en la capital, pero manteniendo relaciones directas con las ciudades de Quillota, Limache y Valparaíso. De la misma manera intervino en el nucleamiento de los obreros de maestranza ferroviaria, gremio a través del cual logró expandirse hacia el norte y sur del país. Fruto de este trabajo expansión nacional, es el surgimiento de los periódicos anarquistas *El Alba* en la zona carbonífera del Golfo de Arauco y *Luz y Vida* de Antofagasta.

No obstante el movimiento anarquista inicia un profundo repliegue tras la matanza de obreros en la Escuela Santa María de Iquique, en diciembre de 1907, acontecimiento en el cual pierden la vida los dirigentes anarquistas Luis Olea u y José Brigss. Según Peter De Shazo, los movimientos obreros se redujeron en número a partir de aquel sangriento evento. Junto con esto el autor señala como causa de la crisis del anarquismo temprano, su incapacidad para propagarse efectivamente a nivel regional y en el ámbito industrial.^{45[45]}

En este contexto el movimiento anarquista comienza a disminuir su incidencia en el movimiento obrero organizado, para volver a resurgir con nuevos bríos a fines de la década de 1920.

especialmente, en distanciarse físicamente de un régimen social que los agobiaba.

^{45[45]} Peter De Shazo, op. cit. p. 102.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”,
CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos
la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos,
información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 